

El ruego de Verva Voc

Por Eder Samartin A.

- Verva Voc (22 años)
- Licenciado (70 años)
- Rupestra (69 años)

Una oficina lúgubre apenas iluminada por la declinante luz de una lamparilla situada sobre un escritorio de labrado antiquísimo. La silla del principal como la de los visitantes, son de fina madera y cuero bien curtido, dispuestas alrededor del escritorio como es costumbre. Se ven libros regados por todas partes. El escritorio se ubica al centro del escenario.

I

Un hombre viejo, cetrino y calvo se encuentra sentado en la silla del principal; revisa documentos y parece muy concentrado. Irrumpe en la habitación una mujer hermosa de perfectas proporciones. El hombre se percata de su presencia, pero no presta atención.

Licenciado. – *(Sin dejar de hojear los papeles en mano).* ¿Rupestra eres tú?

Verva Voc. – No soy Rupestra.

Licenciado. – *(Aun sin prestar atención suficiente. Se levanta de la silla).* ¿Quién es usted entonces?, ¿qué es lo que quiere?, ¿cómo se atreve a irrumpir en mis oficinas sin hacerse anunciar por Rupestra? No me contesta y mejor júreme que mi horrible secretaria yace muerta en su escritorio. Endulce mi oído diciendo que logró colarse en mis oficinas puesto que pudo eludir el ojo amargado, vigilante e inyectado en sangre de Rupestra, porque la maldita bruja ya no respira. De testimonio de como ese ogro verde fue victima de un fulminante ataque cardiaco, siendo tal noticia de fulminante alegría para mi persona.

Verva Voc. – Siento decepcionarlo, la recepción simplemente está vacía. Al tener ya mucho tiempo esperando, tuve el atrevimiento de pasar sin anunciarme.

Licenciado. – No todo está perdido. Es probable que la diminuta vejiga de la vieja haya estallado en los sanitarios; y esa mujer podrida, yace muerta sobre un charco de meados.

Verva Voc. – Me parece que no le agrada mucho su secretaria.

Licenciado. – Decir que no me agrada, es decir muy poco. Le odio como solo se le puede odiar a una repugnante rata portadora de la peste.

Verva Voc. - ¿Por qué no la despide si la aborrece tanto?

Licenciado. – Me es imposible.

Verva Voc. ¿Por qué?

Licenciado. – Es una imposición.

Verva Voc. - ¿Del sindicato?

Licenciado. – De mi mujer.

Verva Voc. – Siento mucho que su ambiente laboral sea tan decepcionante.

Licenciado. – (*Mirando con detenimiento a Verva Voc*). Son menos decepcionantes las visitas. (*Mirando fijamente los pechos de la mujer*). Hago gala de gran estupidez. Las visitas para nada son decepcionantes... ¿Quién es usted?

Verva Voc. – Me ha prohibido contestar esa pregunta.

Licenciado. – Ahora tiene permiso de responder.

Verva Voc. – Mi nombre es Verva Voc.

Licenciado. – Y bien Verva Voc, ¿en qué puedo ayudarla?

Verva Voc. - ¿Me invita a sentarme?

Licenciado. – Pero que descortesía de mi parte. (*Se levanta de la silla del principal y se sienta en una de las sillas para las visitas y comienza a palparse las piernas*). Siéntese aquí.

Verva Voc. – No sea pícaro licenciado.

Verva Voc se sienta en la otra silla para invitados y el licenciado se incorpora decepcionado.

Licenciado. – Dígame a que ha venido.

Verva Voc. – Tenemos un amigo en común.

Licenciado. - ¿De quién se trata?

Verva Voc. – El coronel Defecto Videlia. Me dijo que con solo mencionar su nombre usted no rehusaría ayudarme.

Licenciado. – Defecto no es mi amigo...

Verva Voc. – (*Decepcionada*). ¿A no?

Licenciado. – Bueno, déjeme terminar.

Verva Voc. – (*Coqueta*). Disculpe usted licenciado.

Licenciado. - Como le decía antes de su picara interrupción, Defecto no es sólo mi amigo... Podría decirse que es más un hermano, ¡vamos!, como si se tratara de mi persona misma. Así que, si por él viene recomendada, no puedo negarme a prestarle auxilio.

Verva Voc. - ¡Ay licenciado! Muchas gracias. No sabe el alivio que me producen sus palabras.

Licenciado. – Cuénteme de su apuro Verva.

Verva Voc. - ¿Puede haber apuro más grande que esta guerra civil? Con los soldados en el frente, los empresarios huyendo y los rebeldes pisándonos los talones; el trabajo escasea o se ha vuelto más peligroso que antes. Ahora, para los hombres es más conveniente tomarnos por la fuerza que pagar. Las ciudades están completamente destruidas y salir a la calle es cosa de muerte; así como quedarse en casa, esperando que estalle una bomba sobre nuestras cabezas.

Licenciado. - ¿Cuál es su profesión?

Verva Voc. – Soy prostituta licenciado.

Licenciado. – Usted no es menos que una reina...

Verva Voc. – La cuestión es que el coronel me alentó a buscarlo para que me ayude a tramitar un pasaporte de salida. A nuestro amigo común, poco le gustaría que una mujer de mis proporciones se viese obligada a marchar con los desplazados rumbo a las peligrosas fronteras que nos circundan.

Licenciado. – Es imposible señorita. Todo permiso oficial se encuentra suspendido. Es por lo anterior que nuestras oficinas lucen desiertas y la reptiliana secretaria decrepita Rupestra, se puede tomar licencias en su labor de espía.

Verva Voc. – Se de aviones con ayuda humanitaria arribando con regularidad a nuestro devastado país. Como jefe de la oficina de pasaportes puede interceder ante el encargado de negocios correspondiente, para que se me otorgue el permiso necesario para escapar en el próximo avión.

Licenciado. – Cualquier encargado de negocios que venga a su mente, algo pedirá a cambio del posible favor otorgado.

Verva Voc. – *(Acariciándose los pechos)*. Puedo entregar todo lo que tengo.

Licenciado. – Ni se esfuerce. La diplomacia es cosa de maricones, casi todos ellos son depravados y retorcidos.

Verva Voc. - ¡Que lástima! Una carta menos a mi favor.

Licenciado. – Veo que el coronel le ha informado bien sobre ciertos procesos.

Verva Voc. – Es un hombre apuesto con el que mantengo íntima amistad.

Licenciado. - ¿Qué tan íntima?

Verva Voc. - ¡Ayúdeme licenciado! Este país en ruinas no es para mí.

Licenciado. – No puedo prometerle nada. Además de mi venia, se necesita la del encargado para emitir permisos de la naturaleza que usted requiere. Y siendo los diplomáticos retorcidos y maricones, su belleza de poco ha de servir; así que tendrá que pensar en otro incentivo para que el respectivo embajador acceda a prestarle auxilio.

Verva Voc. – No tengo ahorros, ni propiedades; esta guerra me lo ha quitado todo. ¡Ayúdeme por piedad! Debe tener amigos o conocidos que puedan...

Licenciado. – De cobrar viejos favores, usted estaría doblemente en deuda conmigo.

Verva Voc. – Encontraré la manera de pagarle.

Licenciado. – Tengo buenas relaciones con el encargado de negocios del Archipiélago del Norte. Me debe algunos favores que puedo cobrar en beneficio suyo. No le digo que es algo definitivo, pero haremos todo lo posible.

Verva Voc. - ¡Bendito sea licenciado!

Licenciado. - ¿Cómo ha de pagarme?

Verva Voc. – (*Frotando sus pechos*). Antes de hablar de pago alguno, preste juramento para tener certeza de que la ayuda será recibida.

Licenciado. – Preste usted y yo le juro lo que quiera.

El licenciado persigue a Verva Voc por todo el escenario con libidinosas intenciones, mientras la mujer se escabulle coquetamente de las pretensiones del hombre.

Verva Voc. – Es injusto que exija prestaciones sólo para conseguir que sus labios emitan un juramento, que ambos sabemos, es por demás quebrantable.

Licenciado. - ¿Duda de mi honorabilidad?

Verva Voc. – Dudo de la honorabilidad de todos los hombres.

Licenciado. – Enséñeme sus jugosos pechos y le juro por la santísima virgen que me es lo más sagrado, que autorizaré su pasaporte.

Verva Voc. – Si le es tan valiosa, ruegue a la santísima que ella misma le muestre los pechos; y en su lugar, ayude a mi persona por su buena voluntad.

Licenciado. – ¡Hereje!

Verva Voc. - ¡Ayúdeme a escapar de esta miseria licenciado!

Licenciado. – Las leyes migratorias se han recrudecido desde el comienzo de la guerra. No será sencillo prestarle ayuda.

Verva Voc. – Valiente ley que nos obliga a quedarnos donde nos explotan bombas bajo las plantas de los pies y sobre las cabezas.

Licenciado. – No lo tome de mala gana. Las leyes nos brindan seguridad.

Verva Voc. - ¿Y por nuestra seguridad le tengo que enseñar mis jugosos pechos?

Licenciado. – Digamos que eso es solo un anticipo. De querer mi ayuda, tiene que dar un poco más. Los pasaportes de salida son documentos muy complejos.

Verva Voc. – Nada de complejo hay en la lujuria de los hombres. Lo difícil es que se dejen de rodeos y hablen de frente.

Licenciado. – Fornicar es lo que quiero.

Verva Voc. – Qué brusquedad la suya licenciado.

Licenciado. - ¡Bueno! Quien la entiende. Se la pasa diciendo que está dispuesta todo para conseguir su objetivo, no deja de acariciar de manera coqueta sus pechos y acaba de insinuar que gusta de los hombres frontales. Después de todo eso, mi tonta cabeza se imaginó que se va a dejar amar para que le ayude con su problema.

Verva Voc. – No sé si pueda entregarle lo que quiere.

Licenciado. – Véalo como módico sacrificio para alcanzar sus aspiraciones apátridas.

Verva Voc. - ¿Acaso usted, me considera traidora?

Licenciado. – La considero una mujer hermosa que necesita un favor. Pero nada es gratis señorita Verva.

Verva Voc. – Es igual que todos los hombres.

Licenciado. – No sé a qué esta jugando. Después de todo, usted es puta. Entregar sus carnes a cambio de prerrogativas no debería representar problema alguno.

Verva Voc. - ¿Qué clase de expresión es esa de entregar sus carnes?

Licenciado. - ¿Qué clase de puta es usted?

Verva Voc. – (*Resignada*). La clase de mujer que se encuentra cansada de su trabajo y que guarda la esperanza de encontrar un hombre bueno que le ayude sin exigir prestaciones a cambio.

Verva Voc se desprende de su ropa interior sin quitarse la falda. Toma su lencería del suelo y se la arroja al licenciado, quien excitado la toma entre sus temblorosas manos.

Verva Voc. - ¡Sírvese licenciado!

Licenciado. – Primero chúpela para que se levante.

Verva Voc. - ¿Que le chupe qué?

Licenciado. – Pues mi hombría. (*El licenciado se baja la cremallera y de espaldas al público exhibe su hombría*).

Verva Voc. – (*Examinando*). Parece más una ramita seca que el artefacto de su virilidad.

Licenciado. – Usted parece más una monja frígida que una ramera.

Verva Voc. – ¡Ya le dije que disfruto poco de mi trabajo!

Licenciado. - ¿Quiere salir de este país o no?

Verva Voc. – ¡Pues si!

Licenciado. - ¡Pues comience!

Verva Voc. – Apague las luces ¡Por favor!

Licenciado. – Como usted lo prefiera.

El licenciado apaga la luz y se oscurece el escenario. Verva Voc comienza a ejecutar su difícil tarea, mientras el licenciado emite sonidos de placer.

Licenciado. – ¿Por qué se detiene?

Verva Voc. – Discúlpeme licenciado, pero me es imposible.

Licenciado. – Dele un poco más y vera como se pone. El esplendor del vigor masculino es de esas cosas que llevan tiempo en hombres de mi edad.

Verva Voc. – Mejor guárdese eso, que su flacidez no es el problema.

El licenciado enciende las luces y el escenario vuelve a iluminarse. Verva Voc se levanta del suelo.

Licenciado. - ¿Entonces cuál es el problema?

Verva Voc. – Relama los bien alabados pechos y todo lo que quiera, pero no me haga bajar de nuevo a tan repugnante lugar.

Licenciado. – ¿Tan malo es?

Verva Voc. – Los cuerpos en descomposición de los insurrectos, huelen mejor que eso que me obligo a tentar con mis labios.

Licenciado. – Comprenda usted, he tenido una mañana muy ocupada. No es la única que requiere salir de nuestra arruinada patria.

Verva Voc. - ¿Quiere decir que ya pasó ese pellejo por varios culos, para después obligarme a tocar sus mugrosas vergüenzas con mi lengua inmaculada?

Licenciado. – (*Carcajadas*). ¿Inmaculada?

Verva Voc no puede disimular su creciente ira.

Licenciado. – Déjeme aclararle algo, querida señora impoluta. Decir varios culos, es decir muy poco. Digamos que ha probado en mi instrumento, un néctar de fluidos muy variados. Prostitutas con sueños de gloria que buscan abandonar la patria vienen muchas; pero también amas de casa desplazadas por la guerra, huérfanos, soldados amputados, perseguidos políticos, acólitos expulsados de sus iglesias por el terror de las bombas, homosexuales infectados por su depravación, machos sumisos, sífilíticos y sidosos. Todos están dispuestos a realizar un módico sacrificio, para obtener de mi persona, el permiso que les posibilite escapar en el siguiente avión que arribe a estas tierras con ayudas humanitarias. Nadie quiere arriesgar su pellejo en las fronteras o caer en manos de los insurrectos, así que los favores que yo les pido son cosas de nada a cambio del beneficio de eludir las penurias de la rebelión.

Verva Voc. – (*Se levanta*). ¡Debe sentirse muy poderoso en su oficina de pasaportes!

Licenciado. – Hable menos y desnúdese más. No querrá permanecer para siempre en estas tierras que tanto le disgustan.

Verva Voc se desnuda por completo y se tumba en el suelo. El licenciado se baja los pantalones y se coloca encima de la mujer. Al poco tiempo, entra en escena una mujer anciana.

Rupestra. - ¿Trabajando duramente licenciado?

El licenciado se incorpora con rapidez, al mismo tiempo que coloca los pantalones en su lugar, lo mismo que Verva Voc que toma su ropa y cubre con ella cuanto puede.

Licenciado. – Advertido esta que no se me debe molestar mientras trabajo. Eres una ladilla. Tienes que entrar cuando termine, no antes.

Rupestra. – Es una lastima para usted señorita que no haya encontrado al verdadero licenciado en esta su oficina. El conserje ha logrado engañarla.

Verva Voc. - ¿Qué dice?

Rupestra. – En ocasiones, el conserje usurpa la persona del licenciado, para gozar de los favores que atrae su poder.

Verva Voc. – (*Dirigiéndose al licenciado*). ¿Me engaño?

Licenciado. – En tiempos tan convulsos como estos, el licenciado pocas veces se acerca a esta su oficina. Así que mi esposa Rupestra que es su secretaria y un servidor, tenemos que despachar los asuntos de la mejor manera posible.

Verva Voc abofetea al hombre con todas sus fuerzas.

Verva Voc. – Esta afrenta no puede quedar impune. El coronel sabrá de sus atrocidades y serán castigados.

Rupestra. – *(Con una señal dirigida al licenciado).* No lo creo señorita.

El licenciado sujeto con fuerza a Verva Voc y la anciana exhibe un puñal. Rupestra apuñala hasta la muerte a la bella mujer.

Licenciado. – *(Desapegándose del cadáver).* Mira el desastre que has provocado mujer espantosa.

Rupestra. – Los problemas nacen de tu incontrolable lujuria, las soluciones vienen de mi sensatez. Tira a la prostituta en algún callejón y después vuelve a limpiar, que ese es tu verdadero y mediocre trabajo. *(Para si misma).* Lo que una mujer hace por ocultar las vergüenzas de lo hombres. Sellar para siempre los labios de meretrices, niños traumatizados y furiosos padres; es mi destino por haber desposado al más depravado e insaciable de los hombres. Es mi culpa, es mi culpa por no saber satisfacer el apetito del cerdo.

Rupestra sale del escenario atribulada.

Licenciado. - *(Acomodando a modo el cadáver).* El calor no ha abandonado tu bello cuerpo. Sería un crimen desperdiciarte. Serás mía, antes de que te pudras en el olvido.

El licenciado baja nuevamente sus pantalones hasta las rodillas, para colocarse encima del cadáver ya bien dispuesto. Se apagan las luces. Oscuridad total.

FIN

